

# EL PLATO DE SOPA

ARSENIO DACOSTA  
Universidad de Salamanca

Llegué a Cuba a principios de diciembre de 2016. Acaba de morir Fidel Castro, y su urna funeraria y motorizada todavía no había alcanzado Santiago. La venta de bebidas alcohólicas seguía prohibida, y la edición del Granma del 26 de noviembre se había convertido ya en objeto de coleccionista. En La Habana, la gente no especulaba con la situación política, y menos ante un español recién llegado. Mientras esperaba que me contactara mi gatekeeper particular, entretenía los días con largos paseos y agradecía la amabilidad de mi hospedadora.

Había llegado con la esperanza de empaparme de la realidad cubana y, más específicamente, de la persistencia del fenómeno asociativo de origen español en la capital. Tras la independencia de Cuba, los contingentes de inmigrantes españoles paradójicamente no solo no habían decrecido, sino que habían aumentado. Lo seguirían haciendo hasta la década de 1920, momento en que Cuba empieza a perder su atractivo para los miles de españoles que huían de la miseria y, algo después, de la guerra y la represión política. A pesar del contexto, aquellos migrantes habían creado decenas y decenas de sociedades principalmente mutualistas que, al filo de 1950, agrupaban a miles de asociados. Por ejemplo, el Centro Castellano de La Habana, que abarcaba bajo su paraguas a un buen puñado de “clubes” y “colonias”, llegará a sumar 10.000 socios atraídos por los servicios educativos, recreativos y, sobre todo, sanitarios. Más de medio siglo después de la entrada de Fidel y sus “barbudos” en La Habana, aún se mantenían activas decenas de estas sociedades. Las más numerosas seguían siendo las “gallegas” y las “asturianas”, aunque muchas de ellas eran definidas por los informantes como “de vitrina”, esto es,

sin más actividad asociativa que la renovación periódica de la lista de directivos y el mantenimiento de su nombre en un archivador o estante en la correspondiente federación. Otras sociedades envejecían con más dignidad, aferradas al mantenimiento de un legado material o inmaterial –como el magnífico archivo de la Beneficencia de Naturales de Cataluña- o, en algún caso, su asumida función de centro cívico informal –como pude comprobar en el Club Villarino-. A pesar de los beneficios aparentes de la “Ley de Nietos”, algunos de mis entrevistados miraban de reojo a las sociedades que explotaban el filón del turismo con espectáculos “tributo” al Buena Vista Social Club.

La competencia por verse representados en el Consejo de Residentes Españoles no me pareció cruenta, posiblemente porque en 2011, PP, PSOE, CiU y PNV habían vaciado de valor el voto en el extranjero. En este reducido mercado étnico, las sociedades que decían representar a los más de 100.000 españoles censados en Cuba –hijos y nietos en su gran mayoría- miraba cada una hacia su propia charca autonómica, fuente de dones y esperanzas, no siempre cumplidos. Tuve el privilegio de entrevistar a decenas de dirigentes de estas asociaciones, todos sumamente amables y colaborativos; sin embargo, la grabadora y el cuaderno registraban palabras que, leídas en España fuera de contexto, podrían tener efectos indeseados, así que la corrección política se imponía en los relatos. La vida asociativa –festiva, solidaria, funeraria, cultural- ya era por entonces escasa, debido a las crisis recurrentes en Cuba y al impacto de la que, nacida en Wall Street, también había alcanzado la Isla en aparente incongruencia.

Cumplido el expediente con los veteranos, centré mis esperanzas en los jóvenes. Aunque la dirigencia de las asociaciones parecía encallada en la gerontocracia, había jóvenes que participaban activamente de la vida de las sociedades. El prejuicio afloró inmediatamente: ¿qué podía resultar atractivo en ellas a un bisnieto o tataranieta de españoles? ¿Por qué involucrarse en la gestión de estas sociedades? ¿Dónde podía radicar la recurrencia de lo “español”, lo “gallego” o lo “burgalés” en La Habana? Habré de aclarar que la respuesta se formula en femenino: la mayor parte eran jóvenes cubanas, universitarias, emparentadas con socios y dirigentes, y, en no pocos casos, descendientes de los fundadores. Esto, aunque aportaba contexto, no explicaba la identificación con paisanajes del pasado o etnonacionalismos en construcción del otro lado del Atlántico. El incrustamiento identitario no se nutría del retrato del president Puigdemont o del traje tradicional zamorano en su vitrina, aunque quizá algo más del grupo de danzas gallegas o de la comensalidad organizada con ocasión del Día d’Asturies. Todo esto forma parte de la “galleguidad”, de la “asturianía” o la “castellanidad”, etiquetas de reconocimiento étnico y, como tales, fruto de una negociación. Sin embargo, esto no bastaba para iluminar el incrustamiento identitario en aquella juventud que me permitía registrar sus palabras. Durante un grupo de discusión, una joven me puso sobre la pista: —¿Por qué te sientes zamorana? —pregunté. Su respuesta se demoró algunos segundos y, tras fruncir el ceño, terminó respondiendo: —Por la sopa. Nadie en aquel salón rió, y tuve la misma sensación que tienes cuando alguien cuenta un chiste y tú eres el único que no le pilla la gracia. Solo entendí a qué se refería tras su aclaración: —En mi casa, desde tiempos del abuelito, todas las noches se cena sopa... La zamoraneidad se concretaba, así, en una práctica sostenida, heredada, genealógica, perfectamente concreta y situada. Esta explicación aparentemente naïf me serviría para resituarme teóricamente —junto a lecturas con mirada renovada— frente a la manida noción de “identidad”. También a reforzar una autoadvertencia: —no des nada por hecho, cuestiona las palabras y las acciones ajenas, además de tu propia observación. Sobre todo, me ha servido para encontrar en la empatía una

herramienta de comprensión, en su triple dimensión hermenéutica, ética y experiencial. Sigo tratando de aprender a mirar al Otro como lo que es, ajeno y al mismo tiempo uno mismo, aquello que, para ser comprendido, debo hacer propio, por mucho que se asemeje al reflejo invertido de nuestra propia vida. Por eso, para comprender, quizá baste con tomar un plato de sopa, mejor si es compartido.

---

DOI: [10.11156/aries/2022.AR0004998](https://doi.org/10.11156/aries/2022.AR0004998)